



CONSEJO DIOCESANO
C/ SILVA 12 2º - 28004 MADRID
Tel: 91 522 22 67
e-mail: acgmadrid@gmail.com
www.accioncatolica.archimadrid.es

NOTAS PARA EL RETIRO

Septiembre 2020

Tema 1. El don de la fe

Abraham es el personaje de la Sagrada Escritura al que la Iglesia ha reconocido como su “padre en la fe” en la celebración y en la vida de la Iglesia. Abraham es llamado a la fe por Dios, un Dios que le era desconocido, hasta tal punto que podríamos decir que fue llamado contra toda esperanza (Cfr. Gn 12,1) para creer contra toda esperanza (Cfr. Gn 12,4). En Abraham, la Iglesia contempla a aquel que, incluso con todo lo vivido, con todo lo acumulado en una tierra, no vive todo ello como una atadura suficiente ante la llamada de Dios. Todas sus experiencias, todas sus posesiones, no son una reflexión a “templar” su decisión con más poder que la reflexión a seguir una llamada que reconoce divina. Abraham lo lleva todo atado a su destino, no a su esfuerzo, lo confía todo a lo que se le da más que a lo que ha construido.

Más aún, Abraham sabrá, guiado por Yahveh, reinterpretar todo lo vivido, sabrá afrontar todo como una preparación a ese encuentro con Dios, y no se confiará a su sabiduría y su experiencia tanto como a su destino de felicidad, que viene de Dios y no de sí mismo. Así también le sucederá al pueblo de Israel, que querrá salir de la esclavitud en Egipto con todo lo que tiene, que será “reinterpretado”: ya no son sin más nuestras posesiones, sino aquello que Dios nos puede pedir para el culto, como un sacrificio agradable (Cfr. Ex 10,24s). Ciertamente, el encuentro con Dios amplía la comprensión de la propia vida, y así le sucede a Abraham, le sucederá a su pueblo: si Dios lo ha hecho todo, el tiempo también es lugar en el que Dios aparece y habla, acompaña y cura, anima y bendice. Así, “tener” es ahora para entregar, Dios le ha dado sentido a tener, ya sean experiencias, años, bienes, posesiones, seguridades...

¿Me ayuda Dios a comprender el sentido de la vida, de lo que me sucede? ¿Dejo que Dios reinterprete lo que hago o me sucede, o me empeño en cómo tienen que ser las cosas, en que mi voluntad o mi seguridad sea la de Dios? ¿Cómo afronto mis planes, mis deseos, mis ideas o caprichos, como posesión intocable o como entrega para la alabanza? ¿Vivo, como Abraham, en el principio y fundamento de alabar a Dios con lo recibido, o trato de torcer a personas e ideas a mi voluntad, en mi casa, en mi parroquia, entre mis amigos o conocidos?

En el camino de aprender con Dios, constantemente Abraham tiene que hacer un acto de fe, constantemente no entiende lo que sucede, improvisa soluciones, mientras va conociendo el camino de la fe. El miedo le lleva a querer “asegurar”, como cuando camina con su mujer, o cuando no ve con claridad la propuesta divina... el miedo tiene que enfrentarse con la fe, sabiendo que la victoria de Abraham no está en que se salga con la suya. Si Abraham, siguiendo a Dios, se sale con la suya, pierde: es así de sencillo. A Dios no hay que convencerle, no se le puede engañar, no se le conquista consiguiendo propósitos, sino adquiriendo los propósitos de Dios.

Y sin embargo, en el camino que Abraham hace junto a Dios, la razón y la inteligencia no se pierden, Dios no quiere que el hombre anule las potencias con las que tiene que aceptarlo y unirse a Él, al contrario, quiere que estas superen sus propias reflexiones y metas, de tal forma que razón e inteligencia lleven a Abraham a aceptar perder, y vencer el miedo: así, podríamos decir que la fe y la pobreza con las que Abraham avanza no le empobrecen, al contrario, le incitan a confiar en Dios incluso en circunstancias extrañas en las que nosotros no lo haríamos. Porque Dios siempre nos está invitando a crecer en la fe. Siempre nos está proponiendo acoger mayormente ese don, por encima de nuestros valores

o miedos. Cuando uno entra en esa dinámica, le sucede como a Abraham con Lot, al que no tiene miedo en darle lo mejor (Cfr. Gen 13,8): porque lo mejor es que Dios le ayude a crecer en la fe, le acompañe por donde vaya.

*¿Qué me da miedo de Dios? ¿Con quién me gusta perder y con quién no me gusta?
¿Por qué motivo? ¿Agradezco, en mi camino espiritual, ser privado de lo que yo más valoro?
¿Vivo en ese proceso espiritual de confianza en Dios en las cosas cotidianas, en las de mi
trabajo, con mis mejores amigos?*

Otro momento de la vida de Abraham que nos ayuda a ilustrar este camino de la fe, de nuestro padre en la fe, es su encuentro con un misterioso (Cfr. Hb 5,6s) personaje, Melquisedec (Cfr. Gen 14,18). Abraham se encuentra con este rey de Salem, que ofrece como sacerdote pan y vino al Dios altísimo. La fe es el ámbito en el que se reconoce ciertamente quién reina, quién ofrece verdaderamente culto a Dios y quién no. Abraham va a ofrecer el diezmo de lo que lleva para recibir así la bendición de Melquisedec.

En ese intercambio de fe, lo sabemos bien, se encuentra dibujado, anunciado ya, el encuentro eucarístico de la Iglesia, movida por la fe a ofrecer la entrega del sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, que es Cristo. Pero este encuentro de Abraham nos muestra también cómo el camino de la fe va poniendo, providencialmente ante nosotros, a otros que marchan, peregrinos, transeúntes, que van o que vienen por la vida, y que nos iluminan acerca del sentido de la vida: la bendición y la ofrenda. Abraham aprende de Melquisedec, y cada uno prosigue su camino: Abraham no busca séquito, Melquisedec no busca fieles aliados. La vida de fe es siempre una invitación a crecer y caminar, a confiar y bendecir.

*¿Hago examen de conciencia para reconocer el don de haber sido bendecido? ¿Dejo
ir a la gente o busco socios que sigan mi plan, que se alíen conmigo para mis intereses? ¿Mis
encuentros en la fe, desde la misa a cualquier reunión, tienen que ver con la ofrenda y la
bendición? ¿Vivo la eucaristía como momento que se prolonga en el tiempo y la historia, que
me introduce en la bendición eterna del Hijo al Padre, o como simple anécdota en el día o la
semana?*

Podríamos añadir, por último, que el don de la fe crece en la decepción, en el fracaso, como ante los pueblos de Sodoma y Gomorra (Cfr. Gen 19), donde Abraham es llamado por Dios a seguir adelante, a confiar más en Él. El hombre puede caer muchas veces en la tentación de calcular su acción, de querer controlar los frutos materiales, de saber lo que uno necesita o lo que necesitan los demás, y sin embargo para crecer en la fe es necesario abandonar todas esas pretensiones: en medio de la decepción Dios hace a Abraham levantar la mirada, contemplar las estrellas del cielo (Cfr. Gn 15,5; 22,17), comprender que esta vida no lo da todo, que su descendencia como las estrellas habla de eternidad, no de inmediatez.

Y es que el objetivo primero de la fe es unir con Dios, no son cosas materiales: la fe no es magia, no es parte de un negocio, la fe habla de esta vida y de la otra, de lo que tenemos a nuestro alcance, pero, sobre todo, para que no nos volvamos caprichosos, de lo que no tenemos a nuestro alcance, como esas preciosas estrellas que titilan en el cielo. En la decepción, en la ambición, en lo que se escapa, Abraham aprende a levantar la cabeza, a admirarse de lo que no tiene, de lo que no puede, de lo que no sabe, aprende a ser más hombre, más criatura, más santo. Así podrá ampliar sus verdaderos horizontes, podrá crecer en su relación con Dios y tratar adecuadamente lo creado. Así Abraham podrá ser padre en la fe por lo que recibe y por lo que no recibirá nunca, por el Dios que le llama y por su pobre pero feliz respuesta de peregrino.

*¿Cómo me comporto ante la decepción, cómo me he comportado ante mi última
decepción? ¿Me repito mucho lo que “necesito” o lo que sé que otros “necesitan”? ¿Cómo
afronto no tener, no hacer, no poder o no saber? ¿Afronto la decepción pensando que mañana
obtendré recompensa, que recibiré justicia pronto, o la fe me ilumina para ver que la justicia
completa tiene que ver con la eternidad, con saber esperar?*
?